

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO I.

*Videns vidi afflictionem populi mei, et
descendi liberare eos.*

Yo he visto y considerado la aflicción
del pueblo mio, y he descendido á librarle.

(Act. VII, 34.)

En medio de las miserias que nos agobian en la presente peregrinacion, todos tenemos necesidad de un patrocinio. Por muy robusta que sea la constitucion fisica de un hombre, nade en la abundancia, tenga numeroso séquito de clientes y de amigos, y suba hasta la cumbre la rueda de la prosperidad, nunca faltan dolores que angustian, enfermedades que consumen, disgustos y afanes, que tantas veces convierten en amarguras los dias más floridos de la vida. ¡Ah! independientemente de nosotros tenemos las estaciones, que, al parecer, se suceden para hacernos experimentar, en el exterior, ora el calor y el frio, los rayos y los granizos; ora se acumulan á nuestro alrededor envidias, que mortifican, esperanzas que se desvanecen y privaciones que consumen; y en nuestro interior existe siempre un gérmen de corrupcion, que nos arrastra poderosamente al mal. Así, pues, debemos confesar, que, en medio de las muchas miserias de la presente peregrinacion que nos agobian, tenemos absoluta necesidad de un patrocinio.

Por otra parte, este patrocinio no debe buscarse en las cosas de esta tierra, que, caducas é imperfectas, no bastan para detener la inmensa copia de nuestros males; ni debe esperarse de nuestros semejantes, que, ó no conocen nuestras angustias, ó no pueden proporcionar oportunos remedios á nuestras enfermedades. Por lo tanto, tenemos todos los hombres la necesidad de un patrocinio que, exento de tantas imperfecciones y de tantos defectos, se dedique por entero á favor nuestro. Tal es, precisamente, el Patrocinio de María. Ella

conoce todas nuestras necesidades, se compadece de nuestras desventuras, y acude solícita y afectuosa para socorrer nuestras calamidades. Con toda verdad, pues, podemos repetir del Patrocinio de María las palabras que sirven de tema á este discurso: *Videns vidi, afflictionem populi, et descendi liberare eos.* Luego, si la Virgen merece ser admirada en todas sus obras, la ternura, la bondad y el poder de su Patrocinio me autorizan para afirmar, que podemos celebrarlo con los mayores transportes de santo júbilo, y celebrarlo con preferencia á todos sus demás privilegios con señales más alegres de devota expansion. En efecto; consideremos lo que es propio de este Patrocinio, y nos veremos obligados á concluir, que así como es de imponderable gloria para María, también es de inmensa utilidad para nosotros su piadosa, amorosa y poderosísima proteccion. Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

Nadie ignora que María ha hecho mucho en favor nuestro. Nos dió al Redentor, que debía librarnos del Infierno y reconciliarnos con el Cielo; cooperó á la obra de la redencion, ofreciendo á su Hijo y sacrificándolo, en cierto modo, para nuestra salvacion; sobrevivió al mismo Hijo para asistir y sostener á la naciente Iglesia, que tenía necesidad de sus ejemplos y de su socorro. Elevándose al Cielo está siempre atenta á nuestra salvacion, habla en favor nuestro, nos defiende delante de la divina justicia, provoca las gracias de la divina misericordia, y aplica los remedios convenientes para nuestras enfermedades. Nos ayuda en las desgracias, en las enfermedades, en los reveses de fortuna, que hacen tan triste el angustioso camino del presente destierro; nos conduce á la paz del alma, á la tranquilidad de la conciencia, á la preparacion de un porvenir mejor, que son los mayores bienes á que podemos aspirar acá en la tierra.

Consolaos, pues, los que bebeis el cáliz de la tribulacion; los que por amargas vicisitudes veis á vuestra alma entregada á la ansiedad y á la angustia más dolorosa; consolaos, porque si es grato para los que sufren el saber que sus males son conocidos de aquellos que pueden y quieren socorrerles, ¿qué motivos no tenemos de consuelo sabiendo, que la Santísima Virgen ve nuestra desolacion y nuestras miserias, y, llena de compasion tiernísima y de maternal bondad, nos suministrará cuanto pueda servirnos de remedio en apuros tan extremos? En verdad, hermanos míos, no tenemos necesidad de muchas consideraciones para abrir nuestros ánimos al suave rocío del Cielo por obra del afectuosísimo Patrocinio de María. ¡Ah! si

Absalon tuvo necesidad de Joab, para que aplacada la ira de su padre pudiese volver á Jerusalén (1); y si el justo José, encerrado en lóbrega cárcel, tuvo necesidad del copero de Faraon para verse libre (2); nosotros no tenemos necesidad de que otras personas expongan compasivas y amorosas á la Virgen todos nuestros afanes, puesto que la misma Virgen los tiene presentes.

En efecto; María es la salvacion de los justos, el refugio de los pecadores y la Madre de todos los mortales; y allá en el Cielo ve en Dios todo lo relativo á los justos y á los pecadores. Si gemimos en la miseria y en el duelo, ve las lágrimas que corren abundantes de nuestros ojos, y los latidos que impetuosos se suceden en nuestros corazones. Si sufrimos en medio de las molestias de graves enfermedades, ve las ánsias que nos afligen amargamente bajo los crecientes dolores de la enfermedad. Si, por desgracia vueltas las espaldas á Dios, nos sumergimos en la podredumbre del pecado, ve el estado deplorable de nuestras almas, los peligros que se amontonan sobre nuestras cabezas, y las fieras que abren sus voraces fauces para devorarnos. Si vivimos en la justicia y en la santidad, ve cuan funestas podrian ser para nosotros las lisonjas del mundo, las perversas inclinaciones de los sentidos y las insidiosas tentaciones del Infierno. En fin, nada hay, ya sea por lo que mira al alma, como por lo que se refiere al cuerpo, tanto por motivos del tiempo, como por motivos de la eternidad, que María no vea con ojos de amorosa bondad y de solícita misericordia. Tu espíritu, ¡oh María! siempre vela, no duerme jamás; atiende á nuestras personas y á cuanto nos pertenece, y nos proporciona con su Patrocinio lo necesario para la vida presente y para alcanzar la vida futura.

Celebrábanse unas bodas en Caná de Galilea. Preparadas las mesas, se sentaron en ellas numerosos convidados. Una modesta alegría brillaba en el rostro de todos, un regocijo inefable consolaba á todos aquellos corazones. En la hora que más crecía el entusiasmo y más se alegraban los ánimos, empezó á faltar el vino. Ni los esposos, ni el que hacía los honores de la casa lo habían advertido. Todos pensaban en gozar, y nadie fijaba su atencion en un incidente imprevisto, que habría trocado el regocijo natural de la fiesta en afliccion. No obstante, María se encontraba allá, y María no podía en su bondad dejar de ver lo que no veían los demás convidados. Se enter-

(1) II. REG. XIV, 21.

(2) GEN. XL, 14.

neció á la consideracion del rubor que hubieran experimentado los esposos; se conmovió por la inesperada afliccion de cuantos se encontraban en aquella casa para solazarse. Así es, que sintiendo la necesidad agena como si hubiese sido la suya propia, pidió al Hijo un milagro; y no se cansó de sus tiernas solicitudes hasta tanto que quedó transformada el agua en vino, sin que nadie advirtiese la prodigiosa transformacion. De esta suerte, hermanos míos, sin ser rogada ni suplicada, sin aguardar á que se le manifestase el caso aflictivo, María socorrió aquella necesidad.

Durante su larga peregrinacion se había visto en grandes peligros, había sufrido amargas penas, apurado crueles angustias, experimentado privaciones y padecimientos de toda clase, y, sin embargo, jamás abrió los labios para implorar un prodigio, una gracia. Se hubiera dicho que no siente los dolores que la torturaban, las molestias que la oprimían, y todo aquello que oprimía su corazón; pero, si lo ignora todo con relacion á sí misma, conoce todo cuanto se refiere á nosotros. Ve las cosas que nos son propias, y en su vigilancia maternal nada rehuye de cuanto nos pertenece en uno ú otro sentido. No, no es posible penetrar el fondo de la bondad, no es posible conocer los abismos de la misericordia, con que esta Madre piadosísima nos observa con amorosos ojos en todos los instantes de la vida. No hay inteligencia tan perspicaz que pueda alcanzar á tanta altura de piedad, y solamente Dios puede entenderla y comprenderla.

Esta bondad no nos mira tan solo en los casos extremos, ó en las graves adversidades. El hecho que acabo de citar demuestra con evidencia, que los ojos de María nos miran solícitos y afectuosos aún en las cosas insignificantes, y hasta en los momentos en que no sería necesario tanta diligencia de patrocinio. Y en verdad, en Caná no se trataba de arrancar ninguna víctima de las garras de la muerte, ni á ninguna alma del poder del Infierno. Se trataba únicamente de que no faltase el vino en un banquete; se trataba de que no se convirtiese en tristeza la alegría de los convidados. Era sin duda poca cosa; pero por más insignificante que nos parezca ese hecho, no escapó á las miradas de la Virgen. Ella lo nota de súbito, no se detiene un solo instante en acudir con su Patrocinio, á fin de que no quedaran avergonzados los esposos, ni descontentos los convidados á las bodas. He dicho que acudió inmediatamente con su Patrocinio, porque María, no solamente ve nuestras necesidades, sino que siente también compasion de nuestras desventuras.

Entre las virtudes que más brillaron en el corazón de la Virgen, la que echó más profundas raíces fué la misericordia. Nacida con ella, creció al encerrarse en sus purísimas entrañas el Padre de todas las misericordias. Y si apareció llena y riquísima de misericordia durante su vida mortal, mucho más llena y rica de misericordia debe mostrarse en el Cielo, donde todo es perfecto y sublime y las virtudes se poseen en grado más sublime y perfecto. Ahora bien; ¿en qué consiste la misericordia, sinó en tener compasión de las miserias ajenas? Así, pues, María, que está tan llena de misericordia, tiene compasión de nuestras miserias; y nosotros podemos estar seguros de hallarla piadosa y benévola en medio de las miserias que nos afligen.

Y á esta misericordia se referían precisamente las célebres heroínas que en el pueblo de Israel, aparecidas sucesivamente como ministros de salvación, eran figuras de María. Si por las pérdidas asehanzas de Amán, un feroz decreto condena á muerte á todos los hijos de Israel, y se acerca ya la hora del exterminio, una mujer se compadece de las pobres víctimas; Esther hace trocar la sentencia de muerte en la gracia de la vida. Si por la creciente furia del feroz Holofernes, Betulia sitiada está próxima á caer en manos del feroz opresor, una mujer se compadece de la infeliz ciudad; Judith trueca el llanto en transportes de júbilo. Si por el orgullo del poderoso Cananeo los hijos de los Patriarcas ven venir sobre su patria inminentes peligros, y un ejército de combatientes pronto á invadir las tierras de Judá, una mujer se compadece de la tremenda desventura, y trueca el dolor y el abatimiento en gozo y general regocijo. Si David, provocado por las maneras descorteses y ásperas repulsas, se dirige para pasar al hilo de la espada á Nabal y á su familia, una mujer se compadece de ellos; Abigail consigue convertir la venganza en perdón. Si Sisara amenaza oprimir y acabar con los hebreos, una mujer, Débora, triunfa de este inhumano enemigo; y otra mujer, Jael, convierte el llanto de tristeza en himno de alegría. Lo mismo puede decirse de Noemi, de la reina de Sabá, de la heroína á la cual fué concedido el singular honor de llamarla fuerte; de todas las celebradas matronas de la antigua alianza; pero María fué admirable y veneranda sobre todas ellas. Por consiguiente, si esas mujeres alabadas por su compasión se nos recuerdan como figuras de María, ¿cómo dudar de que llena de compasión debe ser aquella de la cual todas las demás mujeres, aunque piadosamente compasivas, fueron apenas una remota figura?

Y así debe ser precisamente, hermanos míos. Estos sentimientos de tierna piedad y de benéfica compasión nacen en María de un sentimiento íntimamente tierno y benéfico, cual es el de su maternidad. Ella es nuestra Madre, puesto que siendo Madre de Jesús, que es el primogénito entre muchos hermanos, es también Madre nuestra; y porque en el solemne testamento que hizo Jesús clavado en el santo madero, en la persona de su amado discípulo recomendó á Ella á todos nosotros como hijos. Figuraos, pues, lo que es propio de una madre, de una verdadera madre con relación á los hijos y tendreis alguna idea siquiera imperfecta de lo que es propio de María. Una madre, una verdadera madre, concentra en el hijo todos los afectos más tiernos de su corazón, vive de su vida, respira de su aliento, lo vela con ternura, y le asiste con vivo y continuo cuidado. Y como que goza cuando él goza, y sufre cuando él sufre, si acaece que su amado hijo languidece de hambre, se abrasa en fiebre ó sufre dolores, no separa de él la mirada, suspira, padece y llora con él; si vacila le sostiene, si cae le levanta, si se aflige le consuela, si corre peligro está á su lado para defenderle, y en todas ocasiones le cubre con su amor como impenetrable escudo.

Hé ahí una débil imagen de María. Es nuestra Madre y no puede ménos de amarnos; es nuestra Madre y no puede ménos de sentir nuestras necesidades, nuestras angustias y la más generosa compasión por nuestros males. No solamente Ella es madre como una madre cualquiera; es también la Madre de la bondad, la Madre de la clemencia, la Madre de la misericordia. Mas, si fuese posible que una madre llevada de las pasiones se olvidase de su hijo, y seducida por el brillo de las concupiscencias terrenas no se compadeciese del hijo de sus entrañas; jamás sucederá ni puede suceder, que María se olvide de nosotros, ó que no se compadezca de nuestros quebrantos.

Así pues, leemos que la Iglesia, para infundirnos la seguridad de esta compasión, que hace bello y carísimo el Patrocinio de María, se sirve de las imágenes y palabras de los libros santos. La llama como oliva, puesto que la oliva es el símbolo de la reconciliación; plátano plantado á la orilla de un río, bajo cuya sombra puede el viajante guarecerse de los ardorosos rayos del sol; cinámomo, ya que el cinámomo, que despide fragantes olores, es figura de la misericordia; cuyas comparaciones, por más que digan mucho, no lo dicen todo. Dimanando la bondad de María de su grandeza, y acrecentándose en la misma proporción de la inmensidad de su gracia y de su santidad, así como ninguna comparación, por elevada y expresiva que fuere,

nunca llegaría á indicar toda la grandeza y todos los grados de la gracia y de la santidad de que está llena, tampoco ninguna comparación, por expresiva y elevada que fuere, jamás podría llegar á indicar toda la bondad de que está lleno el Corazon tiernísimo de la Santísima Virgen.

¿Acaso no es este, amados hermanos, un gran consuelo para nosotros? ¿Cómo no consolarnos en medio de nuestras angustias, sabiendo que María penetra con su mirada en lo más recóndito de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazon, de suerte que, irradiada de aquella luz infinita que todo lo ve con piadoso afecto, ve nuestros peligros, nuestras necesidades, nuestras miserias y tiene compasion de ellas? ¿Cómo no abrir el ánimo á la esperanza en medio de nuestras desventuras, sabiendo que María está siempre pronta para protejernos, y que viendo nuestras aflicciones como en un espejo, no puede ménos que considerarnos con designios de misericordiosa proteccion? ¿Cómo no vernos libres de las más graves tribulaciones, sabiendo que no hay santo en el cielo que tenga por nosotros tanta piedad y ternura de nosotros en nuestras necesidades espirituales y corporales, como la que nos tiene María? ¿Cómo en los momentos mismos en que la desgracia parece que va á consumirnos, dejar de ver los rayos de consuelo, sabiendo que María nos abre sus amorosísimas entrañas y nos invita á gozar de su compasivo Patrocinio?

No basta todavía esta consolacion. Mucho es, por cierto, que María vea nuestros infortunios y se compadezca de nuestras miserias; pero ambas cosas serian insuficientes si tuviesen solamente por objeto ver y compadecer. Indudablemente, entre las muchas calamidades á que estamos sujetos de cuerpo y alma, no solo tenemos necesidad de ojos compasivos y de corazones piadosos; se necesita algo más, esto es, necesitamos tambien de una mano poderosa que pueda librarnos de las angustias, é infundirnos santa resignacion en las que son inevitables; y para obtener este beneficio podemos contar siempre con el Patrocinio de María, puesto que esta magnánima y celestial Bienhechora, al mismo tiempo que nos mira y nos compadece, extiende las manos para ayudarnos.

Nadie negará que vale mucho delante de Dios la intercesion de las almas justas. Santiago asegura, que vale mucho la oracion del justo cerca del trono del Señor (1); y nosotros sabemos que Moisés, Josué,

(1) JAC. V, 16.

Jeremías y Onías alcanzaron con sus oraciones extraordinarios prodigios, de manera, que el mismo Dios invitaba á los culpables amigos de Job á pedir socorro por medio de las oraciones del mismo, prometiendo oírles (1); despues de tantos hechos como lo confirmaron, no puede haber duda respecto de esta consoladora verdad. Ahora bien; si la intercesion del justo es casi omnipotente en presencia del Señor, ¿no será omnipotente delante del Señor la intercesion de María, que fué la más justa de todas las criaturas? Sin duda debe reconocerse en María á aquella, que en su primera santificacion recibió la gracia de no pecar, siendo pura emanacion del esplendor divino, reverbero de la bondad celestial; y como que es el centro de todas las virtudes, debe ser, igualmente, el arsenal y la fuente de todas las gracias.

Ni á María debe considerársela solamente segun las dotes singulares de sus perfecciones. Ella es Madre de Jesús, y si el título de madre tiene mucho poder sobre sus hijos, ¿qué poder no tendrá sobre su Hijo María? ¡Ah! cuando se lee que Jesús le estuvo sumiso durante su vida mortal, y que para cumplir sus deseos obró en la tierra el primer milagro en el orden de la naturaleza, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; cuando se lee que hasta en los últimos momentos de su vida mortal la miró con tiernísimo amor, recomendándola ántes de morir á su amado discípulo; no puede comprenderse como podría desoir sus súplicas en el Cielo, en la mansion de su gloria y de su real magnificencia. Dudar, pues, de que María puede dejar de ser oída, equivaldría á suponer en su Hijo divino indiferencia para con su Madre, ó en la Madre indiferencia para con su divino Hijo. Y como que no es posible ninguna de ambas cosas, por eso en la maternidad de María tenemos una prueba de su omnipotencia.

¿En qué casos, ó en qué ocasiones, no se ha debido reconocer esta omnipotencia en María? Repasad, hermanos míos, las páginas de las historias eclesiásticas, considerad tantos monumentos erigidos en testimonio de reconocimiento en todos los países de la tierra, preguntad á los diez y nueve siglos transcurridos desde la fundacion de la Iglesia Católica, qué es lo que ha hecho la Virgen á favor de los fieles, y encontrareis millones de prodigios obrados todos los años y en todos los lugares de la tierra, prontos á atestiguar la grandeza de su poderosísimo Patrocinio. Unas veces, infortunados pilotos, cuando brama-

(1) JOB, XLII, 8.

ban procelosos vientos y se levantaban aterradoras olas, próximos al naufragio, invocaron el Patrocinio de María, y de súbito vieron calmarse las furias del Océano. Otras, irritado el Señor por los pecados de los hombres, ordenaba á los ángeles ejecutores de su justicia, que descargasen sobre los culpables el vaso de su justa indignacion; pero se acudió al Patrocinio de María, con lo cual, aplacada la ira del Altísimo, fueron llamados los culpables á arrepentimiento y salvacion. En ocasiones dadas, el príncipe de los abismos, furioso enemigo del género humano, salido de sus lóbregas mazmorras y dirigiéndose con incesantes asechanzas al rededor de los hijos de la Iglesia, empleó todos los artificios para perderlos; pero fué vencido, porque los combatidos, suplicando con viva confianza el Patrocinio de María, se vieron prodigiosamente libres de las terribles tentaciones. ¿Quién podría contar todas las victorias que se han alcanzado sobre los herejes y sobre los infieles por medio de este Patrocinio? ¿Quién podría enumerar los enfermos que han recobrado la salud, la vista los ciegos y el consuelo los afligidos mediante este Patrocinio?

Mirad, hermanos míos, á vuestro alrededor, y sin acudir á remotos países ni á pueblos lejanos, dad solamente una mirada á nuestra patria. Tantos templos magníficos, tantas célebres basílicas y monumentos públicos erigidos en honor de María manifiestan bien á las claras, las innumerables gracias obtenidas por medio de esta magnánima Bienhechora, y son una prueba evidentísima para demostrar con hechos evidentes el poder de su seguro Patrocinio. Los pueblos, hermanos míos, no se entusiasman por cualquiera cosa extraordinaria con sentimiento unánime y universal, si una causa comun no los impulsa á emprenderla; y la causa de estos obsequios, de estos votos, de todo esto que con piedad, confianza y amor se emplea para honrar á la divina Madre del Salvador, es, precisamente, la seguridad con la cual en su Patrocinio se reconoce una ilimitada bondad y un poder ilimitado.

Nadie se figure que al hablar de los pueblos me refiera tan solo al vulgo, puesto que el poder del Patrocinio de María es celebrado por los varones más doctos que han aparecido de siglo en siglo para honra del género humano. Cirilo Alejandrino no duda en atribuir á la Santísima Virgen la caída de los idolos, el triunfo del Evangelio; Agustín la venera como Aquella por la cual se alcanza victoria sobre todas las heregias; San Antonino afirma, que Ella no ruega, sinó que, en cierto modo, manda en el Cielo con grandísima eficacia sobre el Corazon de Jesús; San Anselmo asegura, que algunas veces se obtie-

nen más facilmente las gracias que se piden en nombre de María que por la invocacion del nombre de Jesús, en el sentido de que el mismo Jesús no sabe resistir á la intercesion de su Madre; San Bernardo la presenta como la canal por cuyo conducto el Señor hace correr todas las gracias que nos concede; y para no hablar de otros basta leer cuanto ha escrito sobre este particular San Alfonso María de Ligorio, para convencerse con que magnificencia varones doctísimos han hablado del poderoso Patrocinio de María.

Además, para no abrigar la menor duda acerca de este poder, basta considerar las expresiones con que la Iglesia quiere que los fieles invoquen á la Santísima Virgen. En efecto; es la Iglesia la que todos los días nos pone en los lábios estas palabras: Rogad por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo. Es la Iglesia la que nos invita á rezarle: Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Es la Iglesia la que la llama Reina y Madre de misericordia, y que del Patrocinio de María nos hace esperar el remedio de todos los males y la consecucion de todos los bienes.

Celebremos, pues, hermanos míos, este Patrocinio, que María nos presta con amor indecible. Ya habeis visto como nos mira en nuestras necesidades, como se conmueve por nuestras miserias, como nos socorre en nuestras enfermedades; tambien habeis visto la grandeza de la compasion, de la bondad y del poder de su Patrocinio para con nosotros. Acudamos, pues, á María llenos de fé, llenos de confianza. En Ella hallarán la salvacion los pecadores, el remedio los enfermos, el consejo los vacilantes, el socorro los desamparados, la defensa los perseguidos y los justos la gracia de la perseverancia. Cuando nos opriman desventuras, acudamos al Patrocinio de María, y recobremos la tranquilidad de espíritu; cuando nos tienten los enemigos, recurriendo al Patrocinio de María nos confirmaremos en la amistad del Señor; cuando nos sintamos débiles, afligidos por la pérdida de intereses materiales, ó angustiados pensando en la eternidad, acudamos al Patrocinio de María... y ¡oh María! en Tí confiamos nuestra suerte, á Tí recomendamos nuestra alma, y en tus manos ponemos todo cuanto nos interesa. Vela piadosa sobre nuestras miserias, puesto que á Tí elevamos suplicante la voz, seguros de que Tú puedes enjugar nuestro llanto, acallar nuestros suspiros, consolar nuestra tristeza y proporcionarnos los bálsamos del consuelo en medio de nuestras más grandes aflicciones. Vén, pues, en auxilio nuestro, muévete á favor nuestro, eleva las manos para defendernos de las angustias,

protegernos en los peligros, consolarnos en las miserias de la presente peregrinacion; y haz que tambien nosotros oigamos repetir las dulces palabras que has dicho á otras almas y á otros pueblos: *Videns vidi afflictionem populi mei. et ascendi liberare eos.*

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO II.

Super omnem gloriam protectio.
 La proteccion es sobre toda gloria.
 (ISAÍ. IV, 5.)

Hablar de las grandezas y excelencias de María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre ha sido asunto apetecido de los oradores cristianos como proporcionado para dejar correr las venas de la elocuencia, porque una materia copiosa dá mucho vuelo á la pluma y á la lengua; y los adornos del arte se vienen casi á la mano para tejer la corona á esta Hija de Jerusalén, á esta Virgen de Sion, á esta Reina de las gentes, á esta Señora del mundo escogida entre millares desde la eternidad, para delicia y complacencia del mismo que la crió. Desde el principio del cristianismo han mirado los fieles á esta inmaculada Virgen con el respeto debido á su dignidad y con una segura esperanza en su Patrocinio. La han mirado como superior á todos los escogidos, elevada sobre todos los ángeles, emperatriz soberana de Cielos y tierra, madre cariñosa para todos sus hijos y abogada poderosísima con el Dios de la gloria. De donde ha nacido en todos tiempos acudir en los trances apurados al altar de sus piedades, con la experiencia constante de haber hallado el remedio deseado en todas las aflicciones.

Como María Santísima fué dada por el mismo Jesucristo en persona del evangelista Juan á toda la Iglesia militante por Madre verdadera de sus hijos, Ella ha hecho siempre alarde de este amoroso título sobre todos los timbres y blasones que la ennoblecen. Ella es, á la verdad, la fuente sellada de los Cantares, el paraíso de las delicias, el arca del testamento, la nube de Elias, el iris de paz y de alianza, la estrella del mar, el lucero de la mañana, la luna llena, el sol resplandeciente: Ella es la Reina de los ángeles, la maestra de los apóstoles, la corona de los mártires, la luz de los doctores, el ornamento de las vírgenes;